

Estos son los huesos: colonización, bacterias y plantación

por **Martín De Mauro Rucovsky** | CONICET | martinadriandemauro@mi.unc.edu.ar

El presente como pregunta, por lo actual y lo contemporáneo que es paradigmático de las sociedades de control biopolítico, con sus mecanismos de seguridad-inseguridad ligados a la razón del mundo neoliberal le sobreviene así, un tiempo dislocado que concierte a los procesos de colonización y a los fenómenos derivados de las dinámicas extractivas, el despojo, el saqueo y la apropiación territorial, es decir, la época de la catástrofe ecológica a nivel planetario. El presente histórico y social —aquello que delimita una época— y el presente de la sintaxis biopolítica, su vigencia y actualidad. ¿Cómo hacer ingresar la pregunta por el presente alrededor de lo colonial y lo ecopolítico en la caja de resonancia de la biopolítica? Conforme se va tornando cada vez más pregnante la gravedad de la crisis ambiental y civilizatoria, ¿qué pasaría si lanzáramos la máquina foucaultiana en formaciones geológicas, bacteriológicas e históricas de América Latina en las que él nunca reparó? ¿Cómo se enuncia la crisis ecológica y cuáles son los materiales que forjan la imaginación espacial-temporal del presente? La época del desastre, un tiempo del agotamiento y del fin de la epocalidad (*eschaton*), se predica sobre las condiciones de descomposición ecológica, ambiental y climática en los estratos temporales de largo aliento que traen consigo la memoria colonial y geológica del planeta, un tiempo que se pliega dentro de otro —un presente signado por la descomposición del tiempo y del espacio occidental que se solapa con la caída de los cielos en el pensamiento amerindio, con el fin de los tiempos ya ocurrido en el año 1492— pero también de la percepción próxima de la muerte, la fragilidad y la vulnerabilidad a través de las epidemias, primero del HIV-SIDA y en los últimos años, una pandemia

dentro de la otra, con la emergencia del virus Covid-19 y más recientemente, la pandemia de viruela sísmica.

En el análisis canónico de Michel Foucault y en muchas de sus recepciones críticas (Agamben, Espósito, Rose, Miller, Rabinow y Revel) las menciones y alusiones a esta dimensión constitutivamente política de la vida y los modos de gestión de esa vida es, cuanto menos, reticente a incluir una perspectiva sobre la raza (Quijano 2000) como tecnología de gobierno, es decir, los largos y estratificados procesos de colonización y la imposición simultánea de proyectos civilizatorios y la implantación biótica que son consuetudinarios a la consolidación del biopoder alrededor del siglo XV en el contexto europeo continental. Dicho proceso expansivo se produce a través de la avanzada biológica (Crosby 1986) que terminaron por imponerse sobre la fauna y flora endémicas, los esfuerzos colonizadores se orientaron a su mitigación, su aislamiento y, finalmente, su desaparición: el caballo desplazó a la llama en Sudamérica, el ganado vacuno al búfalo en América del Norte, por poner tan solo algunos ejemplos.

En otros términos, no hay biopolítica sin su reverso constitutivo de la tanatopolítica, gestionar la vida implica que para “hacer vivir” y “realzar la vida” hace falta matar o que el otro muera y este cálculo proporcional no se ejerce sin una máquina de guerra y sin una velocidad de desterritorialización, agrupamiento y despoblación. Es decir, la gubernamentalidad biopolítica y la tanatopolítica suponen no solo el genocidio poblacional como ejercicio constante de muerte y la masacre como motor social (Mbembe 2011; Valencia 2010), sino también el epistemicidio (Sousa Santos 2014) y una pérdida

de terredad —*earthliness*— (Vázquez 2017) a partir de la imposición de un modo de habitar el entorno (una relación de jerarquización y distancia), una ontología determinada o un conjunto de conocimientos que forman la base de la metafísica cristiana occidental y una forma de representar el mundo que reúne y funda, que organiza y legisla.

El trabajo de genealogía descolonial indica que el trabajo disciplinar-esclavista en las plantaciones y en las minerías (cuyo ejemplo paradigma es el cerro de Potosí en jurisdicción del Alto Perú) es el *locus* paradigmático que inspiró el trabajo asalariado industrial en mataderos agropecuarios y luego en las grandes fábricas metalúrgicas a través de su modelo de disciplina y alienación, de cuerpos dóciles y productivos en el reparto de los individuos, su constante vigilancia y cálculos de utilidad. Del mismo modo las nuevas instituciones disciplinarias (luego biopolíticas) procesaron más que cuerpos humanos: distintos cultivos y especies de ganado, el intercambio biótico de especies, gérmenes y microbios de un organismo a otro, animales y plantas también fueron capturados en esta red de registro escrito y observación.

Resulta cuanto menos complejo escribir la historia de la biopolítica que inicia y finaliza en la historia europea, incluso cuando Europa occidental es su marco de referencia. Consuetudinario a la imposición del biopoder, entonces, se produce la expansión y colonización europea en América, Asia y África que da inicio a un proceso de transformación de las condiciones geológicas y ambientales de los territorios a través de la implantación de la jerarquización vertical y utilitaria de los órdenes ontológicos de existencias, del modo de clasificar y de representar la naturaleza cuyo mecanismo paradigmático es la reducción del entorno en términos de paisaje (Andermann 2018; Mitchell 2002; Neuburger 2022) y cuyo modelo paradigmático es la plantación.

La biopolítica se ejerció en Europa occidental como un territorio de experimentación de la biota, con su mecánica interna de protección y defensa inmunitaria, pero en simultaneidad

solapada como un laboratorio epidemiológico cristiano-virreinal en Abya Yala, en cuyos ejemplos paradigmáticos vamos a poner el foco sobre las plantaciones y sobre esa zona de contacto somático infeccioso, el tráfico endémico de bacterias y microorganismos entre poblaciones distantes. Esto significa, considerar a la plantación no solo como un sistema de organización y clasificación jerárquico del suelo y de la tierra o como una sustancia mineral (no viviente) o en su extensión (física o geográfica, cartografiada como topología o agrimensura) sino considerarla en su intensidad, a partir de la vida microbiana que contiene.

Los virus, en particular, no son considerados microorganismos, no logran siquiera el estatus de células que es la unidad básica de todo ser vivo. De allí que califiquen como “infravidas”, algo no-vivo dentro de lo vivo, para indicar su importancia en la dinámica de intercambio con el ambiente y los entornos ecológicos. No obstante, aunque es cierto que para que haya vida, es necesaria la muerte —la muerte posibilita la vida—, sin embargo “los virus ni siquiera están muertos porque para eso se necesita antes haber estado vivo” (Díaz 2020). Este carácter inespecífico y un tanto espectral de los virus, les permite mantenerse en estado de latencia por períodos prolongados de tiempo —aspecto que comparten con las semillas vegetales: su capacidad de germinar luego de una incubación extensa. ¿Qué hay en ese proceso de conquista e imposición biológica y no-biótica que es la llegada de europeos en Abya Yala en cuanto régimen de la plantación y como membrana biológica que pone en contacto somático, produciendo los cruces bacteriológicos y virósicos como la viruela, el sarampión y otras enfermedades endémicas?

Si tomamos en consideración la matriz de la biopolítica pero a la luz de los procesos de colonización en Abya Yala, la crisis climática y su horizonte de extinción masiva, lo que emerge es una zona expansiva de indagación especulativa: ¿Cuáles son, entonces, las escalas, medidas y magnitudes para abordar este evento límite de agotamiento medioambiental y planetario pero también de desfundamiento de la matriz de inteligibilidad que es el paisaje, devenido ahora,

paisaje-en-crisis? ¿Posee una geolocalización posible, es delimitable y/o abarcable? ¿No es este señalamiento otro modo de crítica sobre la herencia kantiana (Danowski y De castro 2011, 9-34) y el derrumbe, precisamente, de las grandes ideas trascendentales Dios, Alma y Mundo, devenidas ahora, *categorías-en-crisis?* ¿Las escalas para abordar este evento de agotamiento ecológico son acaso la historia natural como la estratigráfica (superposición de rocas), es la ciencia historiográfica humana (transcurso del tiempo) o es la intersección de ambas, son los estratos como campo de lecturas cruzadas entre un tiempo profundo de lo geofísico, virósico y bacteriológico y la escala cronológica de los tiempos humanos (Chakrabarty 2009)?¹

En la superficie, en los órdenes de la tierra

La transformación del continente americano en una región de abastecimiento implicó una combinación de diferentes estrategias para la extracción de la riqueza local. Es así que la plantación como imposición de un régimen colonial supuso formas intensivas de desplazamiento y despojo, un tipo de esclavitud laboral y laboral mecánica (Deleuze 2017, 161-201; Sacchi 2019, 45-58), distintos tipos de rentas territoriales y de cautiverios, la remoción y reemplazo de una fuerza laboral local por mano de obra forzada desde el exterior. Ambas formas de explotación laboral y vital, esclavitud africana legalizada y esclavitud informal indígena —fueron constitutivas en la conformación del régimen de la plantación. La mano de obra esclavizada y disciplinada es dividida para esa tarea en función de metas productivas y concebida como unidades intercambiables. Lo que estableció una profunda relación entre estatus racial, condición jurídica y carga laboral. En efecto, fueron las mujeres y cuerpos feminizados quienes tuvieron un rol material y simbólico clave porque ellas serían designadas como responsables

de determinar la condición racial dado que se consideraba que la esclavitud se transmitía por el vientre materno.

En la plantación, en conjunto con las prótesis arquitectónicas, la Casa-grande (el formato espacial de la casa patriarcal a la que se adosa las habitaciones de los esclavos —la *senzala*— y la iglesia), operan un primer panóptico: una línea de montaje, una fábrica a cielo abierto, organizando en dependencias, formas de vida racializadas y modos de producción de mercancías al tiempo que distribuye una visualidad desigual (Platzek 2020, 20). El sistema agrario latifundista de la plantación da cuenta de la captura sobre el trabajo forzado multiespecífico de humanos, caballos, mulas, plantas y microbios (Hribal 2014), el desorden de los tiempos de generación entre especies, la interrupción radical del vínculo con el lugar como así también la simplificación ecológica que se codifica en agricultura. En esos enclaves se dibuja una suerte de geografía de los dominios corporales, o en otros términos una territorialidad del espacio corporal conquistado, de organismos y de personas, humanos y animales como parte de terrenos móviles e inestables. Ya sea caña de azúcar, algodón, bananas, cacao, café, cocos, té, palma africana, las plantaciones despojan, escribe Ann Tsing, “tanto a los pueblos indígenas como a las ecologías indígenas y traen no solo plantas exóticas sino también personas de otros lugares” (Tsing 2019, 8) al tiempo que agotan los suelos, a las personas y hacen proliferar patógenos, plagas y crean formas de virulencia que no existían previamente. Así, el mosquito *Aedes Aegypti*, que transmite la fiebre amarilla y el Zika, es una especie particular que no existía previamente y que se desarrolló en barcos esclavistas que llegaron a América.

Otro ejemplo de esto lo constituye la prohibición colonial-española del cultivo del amaranto *huautli* (*Amaranthaceae*) en el agroecosistema

¹ Inspirada directamente en la idea de una geología de la moral (una referencia a Nietzsche) que Deleuze y Guattari recapitulan en *Mil plateaux* (1980), la estratificación supone la extensión de la vida a los procesos inorgánicos, lo que inaugura una lectura orientada en términos geológicos que incluye elementos no significantes y procede por estratos de sedimentación. Entendida como una doble articulación, la noción de estratos/paraestratos funciona en términos operativos como un modelo de temporalidad posible que refiere a un tiempo profundo y extendido de las edades terrestres (De Landa 1997; Parikka 2015) sobre cambios detectados en una colección heterogénea de materiales —el registro fósil, en la roca sedimentada o en registros litológicos debidos a cambios climáticos, efectos tectónicos o subidas o bajadas del nivel del mar.

mesoamericano y de agricultura campesina ancestral de la milpa (en náhuatl) o *kool* (en maya) por considerarlo un símbolo de paganismo. Los estudios arqueobotánicos y las evidencias históricas confirman que el amaranto *huautli* es una planta domesticada de cultivo extensamente antiguo que era utilizado por los aztecas en su uso ritual elaborando una mezcla con la que se formaba la figura de Huitzilopochtli que se ofrendaba a los dioses y posteriormente se consumía colectivamente como alimento sagrado (Velasco 2016, 28). Fue Hernán Cortés, como sabemos, quien vetó la producción de la planta y ordenó que todos los sembradíos fueran quemados, además mandó cortar las manos a quienes tuvieran posesión de esa planta (Velasco 2016, 30).

La especie imposible

Propuesto como el nombre de una nueva época geológica en la que la influencia humana sobre la geosfera y la biosfera es irreversible, el antropoceno se ha convertido en un nuevo filtro epistemológico a través del cual devolvemos una imagen de la agencia humana con el entorno y en las historias de la terraformación en el planeta y su impacto. ¿Es la crisis medioambiental un acto de la humanidad [denominado *Antropoceno*] que se refiere a la capacidad e incidencia de la especie humana en cuanto fuerza geomórfica y en su historia social evolutiva? Un acto de la especie, acaso la base para una “posición no marcada” como anota Haraway (1991), esto es, la humanidad. Este término, de herencia ilustrada, apela a un falso parentesco universal sin marcas, esto es, la humanidad es el agente directo de la incidencia en la degradación medioambiental pero más aún, es un agente cuya incidencia ha impactado a nivel de la formación geológica, en las capas mineralizadas y en la larga historia del planeta. La humanidad refiere, entonces, a un conjunto de marcaciones específicas y particulares, el hombre homogéneo es creado como una persona masculina, blanca, cristiana, desercanada y heterocisexual.

Al considerar fenómenos sistémicos como estos, las cuestiones sobre el nombramiento relevantes para este evento límite y sus posibles explicaciones en términos de Antropoceno, Capitaloceno o Plantacionoceno tienen que ver, precisamente, con la escala, la relación tasa/velocidad, la sincronidad y la complejidad: “¿En qué momento los cambios de grado se transforman en cambios de especie, pariente [*changes in kind*]?” (Haraway 2016, 99). Desde el principio, agregan Haraway (2016, 99) y Zilio (2020), los mayores terraformadores de todos han sido y son las bacterias y sus parientes microbianos. Desde un punto de vista geológico, escribe Povinelli (2016, 26), el planeta comenzó sin la vida, con la no-vida, desde la cual, de alguna manera, emergió la vida. Desde 1864, año en que Louis Pasteur descubrió la existencia de las bacterias y con el descubrimiento de la primera vacuna antivariólica por Edward Jenner en 1796, lo que se produce es una obsesión profiláctica, efectivamente, una pasteurización antropocéntrica de la historia evolutiva del planeta (Latour 2001). Pero seamos más específicos aún, ¿dónde podríamos ubicar, efectivamente, esos elementos no-vivos, los pensamientos, sueños, territorios y modos de relacionalidad con el mundo de esos otros pueblos colonizados que habitan al interior de la mecánica biopolítica?

Como es sabido, las formas de vida e infravidas más pequeñas no son las más básicas ni las más primitivas. En la historia natural evolutiva del planeta, el impacto de los microbios implica una conexión escalar entre su medida microscópica y su incidencia a nivel molar planetario, o entre la unidad de vida más pequeña en su decodificación del material genético ADN y en las pruebas fósiles de su existencia. Y esto sucede porque “en sus primeros dos mil millones de años los procariontes (organismos constituidos por células sin núcleo) transformaron continuamente la superficie de la Tierra y la atmósfera a través del desarrollo de la fermentación, la fotosíntesis, la utilización del oxígeno y en la fijación del nitrógeno atmosférico” (Margulis & Sagan 1997, 29-30). Las bacterias son una entidad no-humana, denominada por Quentin Meillassoux como *archifósil* o *materiafósil*, que ha favorecido los

procesos evolutivos que propiciaron la vida compleja en el planeta a través de relaciones ecológicas simbióticas y cuya historia es “anterior a la aparición de la especie humana, e incluso anterior a toda forma registrada de vida sobre la tierra” (Meillassoux 2008, 22).

Y esa historia evolutiva se produce, como acentúan Margulis & Sagan (1997) y en igual medida Haraway (2016), por procesos de unión e intercambio de distintos organismos, o por los procesos de “unión de material genético procedente de más de un origen distinto” (Margulis & Sagan 1997, 157) para formar nuevos colectivos que no son la suma de sus partes componente. Aquí puede verse una múltiple inversión de escenarios, en efecto, todos los animales humanos somos organismos abiertos y complejos que transportan una increíble cantidad de arqueas, bacterias, virus, hongos y organismos no humanos. Ninguna especie es pura ni está enteramente pasteurizada, estamos compuestos (somáticamente) de otros, somos una mezcla extraña, una quimera o un bricolaje, un mosaico de identidades genéticas de otras especies que habitamos y nos habitan (Coccia, 2020).

Pero si volvemos a poner el foco en la expansión europea y el proceso de colonización occidental en América, la historización biopolítica se torna expansiva al incluir la historia natural evolutiva en torno a los flujos de genes y biomasa. La conquista de América se llevó a cabo en una zona de contacto somático entre poblaciones distantes, en torno a esa zona de contacto se delimita una barrera biológica formada por microorganismos que se vio franqueada y sobrepasada de un salto. De allí que antes que un límite, una muralla o *limes* fronterizos, lo que se produjo es una membrana que pone topológicamente en contacto un adentro y un afuera. Así, cuando Europa dio inicio a la colonización de tierras más lejanas, cuatrocientos años más tarde que las cruzadas cristianas durante la edad media, trajeron un arma biológica heredada en el torrente sanguíneo de los pueblos civilizados. El acondicionamiento posterior a las cruzadas europeas en oriente fué la ingesta y creación de resistencia a la flora

bacteriana local, la lucha contra las infecciones, o más precisamente, a elaborar un *modus vivendi* con la microvida y los parásitos de Oriente, escribe De Landa (1997, 103-135). Cuando sucede el contacto con nativos americanos, los invasores europeos poseen un laboratorio epidemiológico ya cicatrizado —un conjunto de enfermedades civilizatorias y microorganismos— que logran devorarse a las comunidades locales.

Las metrópolis occidentales usaron sus propios materiales biológicos, minerales y culturales, realizaron una transferencia masiva de personas, plantas y animales para disolver las defensas exteriores, destruir las lealtades locales y debilitar las tradiciones indígenas. Las ventajas militares que España disfrutaba, sus enzimas predigestivas como lo son caballos, armas de fuego muy primitivas, armaduras de metal y la combinación de guerra (masticación), habrían sido insuficientes para conquistar un territorio densamente poblado sino fuese a través de la acción física y química del estómago y los intestinos (su digestión, la enfermedad). La membrana biológica que pone en contacto y el boquete en el muro se llevó a cabo mediante enfermedades endémicas como la viruela alcanzando al imperio Inca en 1526, el sarampión que siguió a la viruela propagándose por todo México entre los años 1530 y 1531 y otras enfermedades endémicas como la difteria y las paperas e incluso algunas de las epidemias que afectaron por entonces a Europa, por ejemplo, el tifo y la influenza (De Landa 1997, 103-135).

Plantación y membrana biológica, la gestión política de la vida y la muerte tiene como punto de captura el orden de la tierra y los suelos, allí se vislumbra un modo de habitar el entorno y una forma de representar el mundo como mecánica extractiva-depredatoria. Sobre la base de la metafísica cristiana moderno occidental se registran los largos procesos de colonización, sedimentación y plegamiento, una memoria de la conquista y la imposición, en el paso de una articulación a otra se mide el fin de la epocalidad (*eschaton*) que se predica sobre las condiciones de descomposición ecológica, ambiental y climática en los estratos temporales de largo aliento.

Quizás no se trate de un tema de categorías, planos o ideas trascendentales, de estirar los límites o ensanchar las escalas de la biopolítica. Hay que hacer intervenir saltos cuánticos y cruces de umbral, se trata de la matriz de inteligibilidad biopolítica, el marco-encuadre (*frame*) de su producción y los laboratorios de experimentación epidemiológicos en Latinoamérica que producen, incesantemente, sus propios agujeros negros. Aunque estos laboratorios biopolíticos no están exentos de otras mecánicas de experimentación relacional que habitan al interior de los largos procesos de colonización. Esto es un gesto crítico, la modernidad barroca y neobarroca latinoamericana atravesada por líneas de errancia, planos subterráneos y puntos de fuga.

Referencias

- Andermann, Jens. 2018. *Tierras en trance. Arte y naturaleza después del paisaje*. Santiago de Chile: Metales Pesados.
- Coccia, Emanuele. 2020. *Métamorphoses*. Paris: Payot & Rivages.
- Chakrabarty, Dipesh. 2009. "The Climate of History: Four Theses". En *Critical Inquiry* v. 35, No. 2, Winter 2009, pp. 197-222.
- Crosby, Alfred W. 1986. *Ecological Imperialism. The Biological Expansion of Europe, 900-1900*. New York: Cambridge University Press.
- Danowski, Déborah & De Castro, Viveiros. 2019. *¿Hay mundo por venir? Ensayo sobre los medios y los fines*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Deleuze, Gilles. 2017. *Derrames II. Aparatos de estado y axiomática capitalista*. Buenos Aires: Cactus.
- Deleuze, Gilles & Guattari, Félix. 1980. *Mil plateaux. Capitalisme et schizophrénie*. París: Editions de Minuit.
- De Landa, Manuel. 1997. *A Thousand Years of Nonlinear History*. USA: Zone Books.
- Haraway, Donna. 2016. *Staying with the Trouble: Making Kin in the Chthulucene*. Durham: Duke University Press.
- Haraway, Donna. 1991. *Simians, Cyborgs, and Women. The Reinvention of Nature*. New York: Routledge.
- Hribal, Jason. 2014. *Los animales son parte de la clase trabajadora y otros ensayos*. Madrid: ochodoscuatro ediciones.
- Latour, Bruno. 2001. *Pasteur: Guerre et paix des microbes*. Seguido de *Irréductions*. París: La Découverte.
- Margulis, Lynn & Sagan, Dorion. 1997. *Microcosmos. Four Billion Years of Evolution from Our Microbial Ancestors*. California: University of California Press.
- Meillassoux, Quentin. 2008. *After Finitude. An Essay on the Necessity of Contingency*. USA: Continuum.
- Mitchell, William John Thomas. 2002. *Landscape and power*. Chicago: University of Chicago Press.
- Mbembe, Achille. 2011. *Necropolítica*. Madrid: Melusina.
- Neuburger, Ana. 2022. "Retrato de un paisaje alucinado. Historia, naturaleza y materialidad". En *Pulsiones materiales* (Jorge, Julia & Zalazar, Belisario comp). Buenos Aires: Teseo.
- Quijano, Aníbal. 2000. "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América latina" en *Colonialidad del Saber, Eurocentrismo y Ciencias Sociales*. Buenos Aires: CLACSO-UNESCO: 201-246.
- Parikka, Jussi. 2015. *A geology of media*. Minneapolis & London: University of Minnesota Press.
- Povinelli, Elizabeth A. 2016. *Geontologies. A Requiem to Late Liberalism*. Durham: Duke University Press.
- Platzek, José. 2020. *Sacaropolítica: Plantar, moler, cristalizar, disolver*. Barcelona: Programa de Estudios Independientes, MACBA (MIMEO).
- Sacchi, Duen. 2019. *Ficciones patógenas*. Buenos Aires: Rara Avis.
- Sousa Santos, Boaventura. 2014. *Epistemologies of the South: Justice against epistemicide*. New York: Routledge.
- Tsing, Anna & Haraway, Donna. 2019. "Reflections on the plantationocene". In *Edge Effects Magazine* with support from the Center for Culture, History, and Environment in the Nelson Institute at the University of Wisconsin-Madison.
- Valencia Triana, Sayak. 2010. *Capitalismo Gore*. España: Melusina.
- Vázquez, Rolando. 2017. "Precedence, Earth and the Anthropocene: Decolonizing design". En *Design Philosophy Papers*, v. 15, no. 1, 2017, 2-9.
- Velasco, Ana María. 2016. "Los cuerpos divinos. El amaranto: comida ritual y cotidiana" en *Revista Arqueología Mexicana*, 23(138): 26-33
- Zilio, Marion. 2020. *Le livre des larves. Comment nous sommes devenus nos proies*. París: Presses Universitaires de France. //